

**La primera semana de Adviento  
29 de noviembre de 2020**

-

**“¡Velen y estén preparados, porque no saben cuándo llegará el momento!”  
(Mc 13, 33-4)**

¿Por qué velamos? ¿Por qué nos preparamos? Si lo hacemos, ¿qué sorpresa nos viene?

Velamos. Estamos preparados porque queremos nuestra sorpresa de la Navidad.

¿Les gustan las sorpresas? ¿Les gustaría una historia para entender mejor la sorpresa?

Muy bien.

Había una vez tres monjas dominicas que vivían en un monasterio antiguo. Eran monjas muy com-pro-me-ti-das a la oración a Dios y al servicio del prójimo: la primera se llamaba Sor Juana, la segunda se llamaba Sor María ... y la tercera se llamaba... !SOR-PRESA!

¡Sorpresa! ¡Feliz año nuevo! Hoy es el primer día del nuevo año litúrgico de la Iglesia! Hoy es el primer día de Adviento, el periodo en que nos preparamos para la Navidad –la sorpresa de la llegada de Jesucristo–. Dios-hombre que nació en un momento his-tó-ri-co que quiere renacer de nuevo en nuestras vidas para que podamos vivir la sorpresa verdadera de la Encarnación en oración a Dios y en servicio a nuestros hermanos y hermanas.

En la primera lectura, Isaías nos dice que los Israelitas están cansados de la larga y so-li-ta-ria noche del pecado. Como muchas personas, se han apartado del camino del

Señor y “endurecieron su corazón” contra él y se encuentran exhaustos. El profeta dice: “¿Por Yahvé, permitiste que nos perdiéramos de tus caminos, que nuestros corazones se endurecieran y ya no te te-mi-eran? Vuelve, por amor de tus servidores y de tus tribus he-re-de-ras! Desde hace tiempo somos un pueblo que tú no go-bi-er-nas y que tu Nombre ya no protege. ¡Ah, si tú rasgaras los cielos y bajaras! Los cerros se derretirán al verte” (Isaías 63:17, 19). Ellos han olvidado a Dios y a su prójimo.

Pero, sorpresa, recuerdan que el Señor los ha rescatado muchas veces en el pasado, y por eso ahora ellos invocan a Dios, como lo hemos escuchado en el salmo responsorial: “¡Oh Dios Sebaot, es hora de que regreses; mira de lo alto del cielo y contempla, visita esta viña y protégela, ya que tu derecha la plantó! Ya no nos apartaremos más de ti, nos harás revivir y tu nombre invocaremos. ¡Señor, Dios Sabaot, restablécenos, haz brillar tu faz y sálvanos! (Salmo 80: 15-16a, 19-20). Ellos han acordado de Dios y de su prójimo.

Hoy muchos están cansados. No es una sorpresa. Quizás algunos de nosotros estemos entre los que se sienten agotados. ¡Ha sido un año duro y complicado! Ha sido un año sorprendente. Quizás nosotros también necesitemos devolver partes de nuestra vida al Señor —el Señor de la sorpresa—. Este es el momento de hacer una renovación espiritual para que podamos acoger a Jesús, nuestro Redentor, esta Navidad, y experimentar y vivir la sorpresa de su alegría y asimismo dársela a otros. El tiempo de Adviento nos invita a prepararnos para la sorpresa verdadera de la Encarnación en oración a Dios y en servicio al prójimo.

Isaías nos habla de la primera sorpresa con la venida de Dios entre nosotros. San Pablo, en la segunda lectura, nos recuerda que Dios quiere darnos la sorpresa de

Cristo Jesús entre nosotros ahora. La sorpresa del Adviento es que ya estamos redimidos. Sorpresa, Cristo vino la primera vez hace dos mil años para redimirnos y nos sostiene hasta su regreso. San Pablo nos dice: “Doy gracias sin cesar a mi Dios por ustedes y por la gracia de Dios que les ha sido otorgada en Cristo Jesús, pues en él han llegado a ser ricos de mil maneras, recibiendo todos los dones de palabra y de conocimiento a medida que se afianzaba entre ustedes el mensaje de Cristo. No les falta ningún don espiritual y solo esperan que Cristo Jesús, nuestro Señor, nos sea manifestado” (1 Cor 1: 4-7). El santo nos habla de la primera venida y nos alude a la segunda. Las palabras de San Pablo y las de Isaías nos recuerdan que cada temporada de Adviento es una oportunidad para bajar la velocidad de la vida y para elevar el corazón hacia Dios para recibir los dones espirituales para vivir la sorpresa de su gracia, amor y compasión.

El Adviento puede ser una época emocionante llena de sorpresas. El Señor vino primero de una manera que nadie esperaba –como un niño–. Aunque Isaías esperaba que el Señor viniera e hi-ci-era temblar las montañas, en tiempo el Señor nació en el silencio y la oscuridad de la noche en un pe-se-bre, escondido de muchos. Su llegada fue una sorpresa para el mundo entero –una sorpresa para nosotros–.

Sabemos que el día de Navidad –el día de la sorpresa del Nacimiento de Jesucristo– llegará pronto. Ahora estamos en la temporada de Adviento, un momento especial para darle al Señor toda nuestra atención para que él pueda ayudarnos a valorar mejor la sorpresa de su Encarnación. Por tanto, nos preguntamos, ¿cómo podemos prepararnos para la sorpresa del sentido cristiano de la Navidad?

Hay algunas tradiciones maravillosas de Adviento que pueden ayudarnos a construir expectativas bien basadas en nuestra fe Cristiana sobre la sorpresa de Cristo de Navidad.

– Una corona de Adviento tiene cuatro velas encendidas semana tras semana para mostrar la esperanza que surge para la humanidad con el nacimiento de Nuestro Señor –la sorpresa de la Encarnación de nuestro Dios–.

– Las lecturas durante esta temporada de Adviento nos ofrecen una excelente fuente de meditación. ¿Por qué no tomamos un poco de tiempo cada día para meditar sobre ellas? Nuestra parroquia nos ha pro-por-cio-na-do folletos de “El Verbo entre nosotros”; se puede re-co-ger uno al fondo de la Iglesia al salir hoy.

Hermanos y hermanas para concluir.

¿Por qué velamos? ¿Por qué nos preparamos?

Velamos. Estamos preparados porque queremos nuestra sorpresa de la Navidad. Nos encanta la SORPRESA, la mejor sorpresa abierta en la historia humana, la sorpresa que Dios vino, viene y vendrá porque nos ama mucho, y nos invita a nosotros hacer lo mismo en la oración a él y en el servicio al prójimo.

!SORPRESA!